

“Una foto con agravio”

Psique

Autor	Luciana de la Flor Giuffra
Categoría	B
Modalidad	Cuento
Año de estudios	Quinto

Una foto con agravio

Compruebo que una imagen vale más que mil palabras. Tengo en mis manos la constancia de uno de sus momentos más felices. Pero al observar esta foto, no la reconozco. ¿Quién era aquella que se juraba una reina, una princesa? Definitivamente no la conozco. Las personas cambian con el tiempo, la sociedad las obliga. Uno se mezcla con la gente y termina cambiando de opinión, intercambiándose de bando y perdiendo su identidad. Qué peligrosa puede resultar la sociedad. Aún así, creemos conocernos, creemos saber todo de los demás. ¡Mentira! La mujer que está parada sonriendo en esa foto no es la misma que ahora veo ante mis ojos. Ella ha cambiado y yo tengo que resignarme a que jamás conoceré ese lado suyo.

Es difícil entender que a pesar de que ella llene casi cada uno de mis recuerdos, todo este tiempo no haya sido suficiente para entenderla. Y ahora le echo la culpa al tiempo. ¡Qué agresivo se muestra! ¿Con qué derecho viene a quitarnos, a arrancharnos la felicidad? Lo peor es que nosotros, conscientes de este daño, como masoquistas inventamos aparatos para que nos recuerden lo malvado que es. Si una foto captura la ilusión y los sueños, si esta no solo detiene el tiempo, sino que además guarda una imagen para siempre, un momento para sacarte celos de algo que ya nunca más vas a tener... ¿Entonces, por qué es que hoy en día nos tomamos tantas fotos? ¿No sería más fácil dejar al tiempo en paz, permitir que se lleve los recuerdos para que la nostalgia no se incremente? ¿Es que acaso no sufrimos suficiente con la memoria?

Pero ahora ya está hecho. La imagen ya la vi, ya la tengo en mi cabeza y presiento que no me la voy a poder sacar. ¡La maldita memoria! Cuánto daría yo por verla nuevamente como aparece en la foto. Ella tenía en ese entonces el pelo largo, larguísimo. El viento la rodeaba, parecía empujarla. Sus manos se atisban borrosas por los movimientos que hacía, formando mariposas que fluían como notas. Sus piernas y sus brazos salen tan largos, se ven tan activos, tan llenos de energía. Y ella, en vez de intentar controlarlos, los dejaba libres para que corran, se muevan, fluyan. Sus ojos se presienten tan perdidos. Fue tomada en la época en que nada estaba prohibido y uno decidía si quería vivir en la realidad o salir volando. Era bastante más sencillo. Lo malo no era vivir en las nubes, sino bajar de estas. Bajar para caer en la realidad mundana rodeada de problemas y complicaciones. Regresar a saldar cuentas, a pagar deudas, a ensuciarnos las manos,

cuidar niños, manejar una vida y envejecer aferrada a esta. ¿Y todo esto para qué? No le encuentro el sentido a sacrificar nuestros caprichos si el resultado va a ser el que ahora veo: una vejez deplorable. Y todo ha sido culpa del tiempo. Él la ha obligado a bajar a la realidad.

Ella me contó que era tan feliz cuando le tomaron esa foto, que se juraba una princesa. Me dijo que tenía una corona y daba vueltas y vueltas. Que las nubes se habían detenido e incluso el tiempo no quería pasar: quería quedar inmóvil para verla volar y volar y girar y girar. Me contó que sentía que dejaba de ser persona, de ser individuo, de ser sociedad pues ya no se preguntaba nada. La curiosidad ya no era necesaria pues estaba estrellándose contra todo aquello que normalmente les parecía imposible y exponiéndose a todas las respuestas. Me dijo que en ese entonces ella podía escuchar a las mariposas, seguirlas y entender sus secretos. Que perseguía sus colores porque sus ojos en ese momento miraban más allá de las cosas. Estos se perdían en la luz del sol, y entre sus pestañas se escabullían esos potentes rayos amarillos. Entonces su mundo se tornaba color neón. Sale sin zapatos ya que quería sentir el pasto húmedo. Aparentemente este de pronto se sentía mojado, empapado y las gotas se le metían entre los dedos. Ella me contó que en medio de todo, lo único que podía hacer era sonreír. Es sorprendente cómo todas estas palabras no se acercan ni siquiera un poco a describir la intensidad de esta foto. Sí, una imagen vale más que mil palabras.

Y ahora en esta foto veo plasmada su sonrisa, tremenda sonrisa. Fui inconsciente toda mi vida de que ella poseyera aquella expresión. Después de tantos años, recién hoy sé que su sonrisa fue hermosa. Y entre tanta nostalgia y melancolía, escuchándola recordar cada instante de éxtasis que emana de esa fotografía, perdí la calma. No me aguanté más.

Tenía que hacerla volver a ese estado. No perdí el tiempo, le puse su vestido blanco, largo y descubierto. Le quité los zapatos y la subí al carro, le puse la música a todo volumen. Cuando llegamos, empezamos a avanzar por todo lo verde. Puse mi cara y la suya en el sol. Dejé que sus rayos nos quemaran y la obligué a abrir los ojos esperando ese mismo efecto que años atrás la había hecho la persona más feliz del planeta. Mientras nos encontrábamos inmóviles, la tomé de la mano y pude sentir cómo temblaba. Era la primera vez que presenciaba a mi madre con miedo. Ella, que se había mostrado siempre tan valiente, siempre dispuesta a experimentar nuevas sensaciones, estaba

aterrada. No de repetir ese momento, sino de fallar y no lograr sentirse así de libre otra vez.

Su ropa no fluía como lo había hecho en la fotografía, las marcas de los años impedían el flujo. La quimioterapia le había arruinado el pelo. A su cara no se asomaba la expresión de felicidad que yo había visto en esa imagen. Sus ojos reflejaban únicamente el miedo. La vejez la inundaba en arrugas y en manchas. Y sin embargo, yo me empeñé en hacerla repetir ese momento. Pero el viento solo la golpeaba, sus manos no sabían a qué animal debían imitar, sus piernas se habían olvidado de la velocidad, ella ya no brillaba... Tenía una mente tan lúcida todavía. Qué injusto que el tiempo rompa esa conexión entre el cuerpo y la mente. Siento miedo porque él me la va a quitar. Siento miedo porque me va a aplastar a mí también. Ya no vale la pena seguir intentando. No, ya no tiene ningún sentido. Esa princesa ha perdido su corona, y no porque no la trajera puesta, sino porque el tiempo ha decidido quitársela.